

A NUESTROS LECTORES

Funerales de la "Alianza"

Hace prácticamente una década, desde Punta del Este, Uruguay, con estrépito singular se proclamó una llamada Alianza para el Progreso que habría de llevar a la práctica las transformaciones estructurales requeridas por los países de la América Latina —se decía—, con la cooperación financiera y técnica del gobierno de los Estados Unidos.

No era ningún secreto que se trataba de contrarrestar al ejemplo de la revolución socialista de Cuba que, al romper los lazos históricos de subordinación al imperialismo y la inherente dominación oligárquica interna, comenzaba a mostrar el camino de la elevación rápida y sostenida de los niveles de educación, salud, vivienda, empleo e ingreso de las grandes mayorías, a la vez que destruía las atávicas concepciones del fatalismo geográfico, la pretendida incapacidad de nuestros pueblos para resolver los problemas técnicos del desarrollo y los hábitos inculcados en siglos de dominación exterior.

En el resto de América Latina, desde un principio fue patente la imposibilidad de realizar las transformaciones estructurales —ni siquiera las más epidérmicas y meramente superestructurales— sin la genuina participación de las masas de campesinos, obreros y empleados y sólo con el concurso de los sectores internos y externos cuyos intereses económicos y políticos es preciso afectar a fondo para hacer posible un desarrollo nacional acelerado e independiente. La "Alianza" pronto entró en crisis. Con la administración del presidente Nixon, el Informe Rockefeller marcó el inicio oficial de sus funerales y el sepelio acabó por consumarse, en las últimas semanas, sin pena ni gloria.

Diez años después, Cuba continúa su camino independiente. Y en Perú, Bolivia, Chile y otros países se abren paso nuevas corrientes que, por distintas vías, se enfrentan al atraso y a la dependencia con fórmulas más y más alejadas de las supuestas en la Alianza para el Progreso.

EL COMITÉ EDITORIAL

1o. de abril de 1971

LA COMUNA DE PARIS (1871-1971)

18 de marzo de 1871: levantamiento del pueblo de París; barricadas en las calles; el Comité Central de la Guardia Nacional es obligado por las masas a tomar el poder en sus manos. Ocho días después —el día 26— se celebran elecciones y los parisinos eligen a La Comuna, la cual se instala en el *Hotel de Ville*.

Detrás estaba el desarrollo acelerado del capitalismo: las barricadas de Lyon en 1830 —los tejedores entonces lucharon contra la jornada de 18 horas—; la insurrección de 1832; la Revolución de 1848; las guerras imperiales de Crimea, de Italia, de México; las campañas de colonización de Argelia, Senegal, China, Indochina, Siria; la aventura de la guerra franco-prusiana; la derrota de Sudán; el desempleo; la miseria; la persecución.

Durante dos meses y medio —hasta fines de mayo— en París se mantiene en el poder el primer estado que intenta una experiencia democrática, igualitaria, socialista. La Asamblea Comunal cuenta entre sus miembros 28 obreros y 30 intelectuales; todas las corrientes radicales están representadas; blanquistas, marxistas, proudhonianos, mutualitas, bakuninistas, etc. En las provincias se llevan a cabo experimentos semejantes: Comunas en Lyon, en Marsella, en Toulouse, en Narbonne, en Limoges. Los comuneros *“han tomado por asalto el cielo”*. La disyuntiva de nuestra época está definida; la sociedad de clases anuncia el principio de su fin.

La experiencia fracasa. A la milicia francesa se unen las tropas prusianas. Francia —y sobre todo la heroica París— son bañadas literalmente en sangre. Tan sólo en sus calles 20 mil personas son fusiladas; 40 mil son detenidas. El general Gallifet —conocido por sus crímenes en México— ordena: *“si tiene aspecto de ser inteligente, ¡fusílo!”* La Comuna cae. Thiers, el artífice de la represión, declara: *“Hemos hecho polvo todo un barrio de París”*; Víctor Hugo precisa y advierte: *“El cadáver está en tierra y la idea en pie”*. La profecía se ha cumplido. Cien años después la idea de La Comuna continúa en pie.